KID CHOCOLATE: AUGE Y CAÍDA DE UN ÍDOLO

La década del ochenta del siglo pasado, fue pródiga para el documental cubano. Una nueva hornada de creadores emergió, oxigenando el relativo anquilosamiento que había sufrido la documentalística nacional en los grises años setenta Así, nombres como Fernando Pérez, Rebeca Chávez, Rolando Díaz o Daniel Díaz Torres, formados en esa escuela del documental que fue el extinto *Noticiero ICAIC Latinoamericano*, irrumpieron en la pantalla realizando documentales que emanaban frescura, dinamismo y comicidad inteligente, valores cinematográficos que conectaron rápidamente con los espectadores de esa época. Otro de los secretos de este éxito fue, a mi juicio, el que se retomaran figuras o hechos del pasado republicano, que por causa de una excesiva ideologización que rechazaba todo lo proveniente de aquella época, habían caído en un injusto olvido.

En 1987 el realizador Gerardo Chijona, en colaboración con el escritor Eliseo Alberto Diego, se acercó a la controvertida figura de Eligio Sardiñas (Kid Chocolate), con un documental cuyo nombre lleva su seudónimo. Fue aclamado como el boxeador más popular de la historia del pugilismo nacional antes de 1959. Pero, al parecer, por su vínculo con el boxeo profesional, fue marginado en las primeras décadas del gobierno revolucionario. Reaparece rehabilitado, con justicia, en ocasión del famoso Mundial de Boxeo Amateur celebrado en La Habana en 1974.

Sardiñas fue un personaje singular en nuestro devenir nacional, nacido a principios del siglo XX: negro, pobre e iletrado. De limpiabotas, este habanero de la barriada de El Cerro, llegó a ser un ídolo nacional e internacional. Con solo veintiún años fue el primer campeón mundial del boxeo cubano. Gracias a su habilidad con los puños, su carisma y simpatía, junto a su fibrosa y perfecta figura de ébano, conquistó no solo el corazón de los cubanos, sino el de muchos de los habitantes de las dos ciudades más populosas del mundo, Nueva York y París. Para luego terminar su carrera a los veintiocho años y acabar en el olvido.

Este fulgurante estrellato lo capta Chijona sucintamente en tan solo 20 min de metraje durante los cuales, mediante un ágil montaje, se mezclan imágenes reales del quehacer de Sardiñas junto a recortes de prensa, reportajes, fragmentos de filmes de ficción y fotos fijas que no pertenecen a la carrera de Sardiñas; pero este recurso apenas es perceptible, por lo bien fusionadas que están las imágenes —lo que demuestra el virtuosismo de la editora Gladys Cambre—, y sirve a la vez para ofrecernos una exacta referencia audiovisual tanto del contexto y la época en que se desarrollaron los acontecimientos mostrados como del estilo pugilístico y la elegancia sin par de Sardiñas.

Estas imágenes de época son contrastadas con destreza en una entrevista en presente con el propio Sardiñas, anciano, destruido físicamente y con dificultades al hablar, con lo que se nos sugiere de manera sutil lo efímero de la gloria humana. Pues, si no es por las imágenes que nos lo trasmiten, cuesta creer que este ser que vemos cansado y taciturno fuera elegido en 1930 el hombre mejor vestido de Nueva York —por encima del alcalde de esa ciudad y del galán, actor y comediante francés Maurice Chevalier—; que fuera recibido tras ganar la corona *welter*-ligera en Nueva York, en La Habana de los años treinta, por un multitudinario público de todas las razas —teniendo en cuenta el tenaz racismo de ese momento— como si se tratara de un ídolo musical o del cine; o que este hombre tuviera en sus brazos a algunas de las más hermosas y codiciadas mujeres de Nueva York y París, o se codeara con importantes figuras del mundo del espectáculo y la política, tanto parisina como neoyorquina.

La respuesta nos las da el testimonio de Sardiñas: habiendo sido un hombre de condición muy humilde, lleno de privaciones en su infancia, al obtener la fama se embriagó con ella, quiso vivir demasiado aprisa, conquistar lo que la pobreza le había negado, robándole a sus noches el sueño. Esto que resulta lapidario para cualquier ser humano, lo es mucho más para un pugilista. De ahí que su retiro ocurriera con la misma rapidez que su meteórica carrera.

En este descenso de Sardiñas a los infiernos, logra sus mejores bazas el documental. Mientras escuchamos a Sardiñas explicar cómo desoyó los consejos de su *manager* y amigo Pincho Gutiérrez de que no casan el ser un

atleta y el llevar una vida disipada, al unísono se nos muestran imágenes y fotos de archivo de los lugares más sensuales de París y sus bellas mujeres, de la buena bebida y comida; toda una invitación al hedonismo desbordado, a ser un *bon vivant*, como efímeramente fue el Sardiñas de ese momento. Estas imágenes son sobreimpuestas a otras de Chocolate, cuando cae en la lona, una y otra vez, lo que nos indica cuál fue el verdadero rival que noqueó al campeón.

Este documental exhibe todo el tiempo una mirada objetiva y sobria sobre este hombre. Ni lo juzga, ni lo enaltece *a priori*, ni cae en excesos melodramáticos para lograr la complicidad del espectador. Es Sardiñas contando su propia historia: la del auge y caída de un hombre sencillo, bueno y jocoso, que tocó las estrellas, para luego caer estrepitosamente en el abismo.

Ese proceso provoca un efecto de alejamiento que a ratos resulta excesivo, y le otorga a la obra cierto cariz de frialdad, sobre todo en la secuencia final, cortada abruptamente para subrayar la distancia hacia el personaje, lo que para un desconocedor de quién fue Sardiñas puede resultar desconcertante y hasta confuso, al tornarse brumosa la real magnitud del personaje retratado.

El documental resultó premonitorio, ya que un año después de su realización falleció Eligio Sardiñas. Por ello esta obra adquiere mayor relevancia, al ser el último testimonio audiovisual sobre un hombre que con sus puños fue orgullo nacional y logró tocar las fibras más sensibles de la joven y heterogénea nación cubana, la cual —ante el éxito del deportista— olvidó sus diferencias, se tornó homogénea por un instante y se unió para festejar y vitorear a quien logró imponerse como campeón y estrella en el mismo centro del boxeo mundial. Suceso que nunca más se ha repetido en nuestra historia, ni siquiera cuando otro ídolo del boxeo nacional, Teófilo Stevenson, se coronó como primer campeón olímpico cubano de la división superpesada en la Olimpiada de Munich en 1972.

Arístides O´Farrill Burques